

miendo ser engañado por su ardiente y ansiosa imaginación, llamó á Pedro Gutierrez y le preguntó si veía algo: este respondió afirmativamente; Colon llamó aún á Rodrigo Sanchez; la luz había desaparecido, y éste nada vió. La luz se dejó ver una ó dos veces más, y sus rayos eran tan vagos, que los mas no hicieron aprecio. Colon sin embargo se complacía en creer que era la tierra, y habitada.

Continuaron su camino hasta las dos de la mañana, que el tiro de un fusil á bordo de la Pinta, una de las embarcaciones, dió la señal convenida de "tierra." Se veía ésta confusamente como á dos leguas: todos ansiaban por la aurora, y al brillar la luz, una isla de muchas leguas de estension y cubierta de una abundante vegetación, había llenado las esperanzas de Colon, y le hizo creer que tenía delante las Indias de Asia. El tiempo descubrió que era aun mejor un continente enteramente nuevo para la Europa; pero que como sello del primer error conservó el nombre de Indias Occidentales. Entonces entre la alegría universal se cantó un Te-Deum, acción de gracias que debe haber sido sincera y ardiente en el corazón de Cristóbal, que recibía en aquel momento de Dios un premio de su ciencia, la vida tal vez, y una gloria mayor que hombre alguno.

La tierra descubierta era una isla de las de Bahama, y á pocos días se descubrió la de Cuba y de Haití, que él llamó la Española, por su patria adoptiva, que después se nombró Santo Domingo, y mas adelante cuando los negros la han hecho independiente ha recobrado su nombre primitivo. En ella el almirante levantó un fuerte y estableció en él la primera colonia española, la primera semilla de naciones que se plantaban en aquel día: una de esas naciones somos nosotros. Entonces volvió á Europa después de recorrer algunas otras islas que le parecieron menos ricas: la vuelta no fué tan feliz, y una tempestad le hizo temer que el Océano iba á sepultar su persona y su frágil expedición, su brillante descubrimiento y su inmensa gloria. En esta hora se sobrepuso al peligro y á las consideraciones de aquel momento. Escribió en un pergamino la relación compendiada de su viaje, la situación y riqueza de los países que había descubierto y de la colonia que había dejado: selló este escrito y lo dirigió á Fernando é Isabel, prometiéndole en su nombre mil ducados al que lo hiciese llegar á sus manos: lo envolvió en un lienzo aceitado, lo encerró en un trozo de cera, y este en un tonel, que bien cerrado lanzó al mar, esperando que alguna casualidad le conduciría á las costas de un país civilizado y á manos de los reyes católicos; y se resignó á la muerte.

Pero la Providencia salvó á Colon: la tem-

pestad cesó, y al fin de diferentes trabajos, la expedición volvió al puerto de donde había salido siete meses ántes: no era ya el hombre oscuro, cuyas promesas se tenían por visiones, y á quien se le hacía favor con no repartirle un loco; era el sábio que había realizado sus títulos y sus pronósticos, y que traía consigo la noticia, los habitantes éscóticos y la gloria del mundo, ignorado ántes enteramente. Era una empresa llevada á pleno efecto por la ciencia, y que no tenía ejemplo en los anales del universo. La corte estaba en Barcelona, y Colon fué recibido en ella de una manera triunfal; el pueblo contemplaba con asombro al hombre que había hecho cosas tan increíbles. Los reyes le hicieron sentar cerca del trono, y allí le refirió los pormenores de su viaje con sencillez, pues ellos no necesitaban adorno alguno. Cuando el navegante concluyó su relación, Fernando é Isabel se arrodillaron para dar gracias á Dios por haber ilustrado su reinado con aquel acontecimiento, y ratificaron á Colon todas las promesas que le habían hecho.

Pero lo que fué aun mas agradable para éste, le ofrecieron navios para continuar sus descubrimientos: se había escitado el entusiasmo de los españoles, y Colon tuvo una escuadra de 70 bajeles, á cuyo bordo se encontraban multitud de personas, entre ellas familias distinguidas, y provisiones de todo género en abundancia, cuantas se creyeron necesarias para las nuevas colonias que se iban á fundar. Marchó en efecto, pero tuvo á su llegada á la Española, el disgusto de ver que su fuerte había sido demolido y los que había dejado en él, asesinados por los naturales del país, en consecuencia del mal trato que estos habían sufrido de parte de los españoles: tuvo, pues, que emprender la guerra con los indios, y aquí se abrió la fuente que hizo después correr á rios la sangre americana.

Nombrado virrey de aquellos países, tuvo que desplegar alguna severidad para contener el carácter turbulento de los mismos españoles que le habían acompañado: los descontentos hicieron llegar sus quejas á la corte, y lograron escitar en los reyes desconfianzas del almirante: les persuadieron de que la avaricia y mala veración de éste eran la causa de que viniese á la España poco oro del nuevo mundo, é hicieron al fin que se nombrase para gobernar la Española en su lugar á Francisco de Bobadilla. Á la llegada de éste, Colon fué cargado de cadenas y conducido á España. Apenas se había perdido de vista la tierra, cuando el capitán del navío en que iba le trató con toda la consideración que merecía, é iba á quitarle los grillos y prisiones: "No, capitán, le dijo Colon, estoy así por orden de mi soberano; solo por ella puedo ser puesto en libertad." Cuando el al-

mirante desembarcó en España, sea que los reyes no hubieran dado órdenes tan rigorosas, sea que se avergonzaron de tanta injusticia é ingratitude, Colon fué restituido á la libertad y al favor de Isabel. Se presentó en la corte á invitación de los reyes, defendió su conducta y fué declarada su inocencia; mas no se reparó la injusticia que se le había hecho; y jamas consiguió que se le restituyese el vireinato que tan solemnemente se le había prometido para él y para sus herederos.

Esta ingratitud no restrió el ardor de Colon, y escitado por el descubrimiento que los portugueses habían hecho de un paso á las Indias doblando el Cabo de Buena Esperanza, emprendió por cuenta de los reyes una nueva expedición para buscar él, uno mas corto, que había sido su idea dominante desde las primeras expediciones: no tuvo sin embargo el fruto que se deseaba. La indiferencia del rey Fernando hacía los países nuevamente descubiertos, puede explicarse por la poca inteligencia en el comercio que había en su siglo, y porque todo lo que no afectaba inmediatamente á los negocios interiores del reino de Europa que ocupaban enteramente al monarca, no llamaba su atención.

Entre los estados europeos, el que por entonces juzgaba preferente, era el de Nápoles. Las solicitudes de algunos emigrados descontentos, y las invitaciones de Luis, el Moro que esperaba conservarse por este medio en el ducado de Milan, habían determinado á Carlos VIII, rey de Francia, á hacer valer las pretensiones que tenía sobre el reino de Nápoles por parte de su padre heredero de la casa de Anjou. Á esta conquista se unia un proyecto mayor aun, sin embargo de ser quimérico, que era la destrucción del imperio turco. Habiendo obtenido Carlos la neutralidad de Fernando por medio de algunas concesiones, hizo la conquista de Nápoles con facilidad. Su rey Fernando huyó á Ischia, y Roma y Florencia abrieron sus puertas al rey de Francia, que hizo su entrada en Nápoles y recibió la sumisión de todo su territorio; mas su victoria no le bastó para establecerse en Italia.

Aunque había Carlos procurado comprar la neutralidad de los soberanos mas considerables de Europa, estos concibieron recelos por el aumento del poder francés, y todavía estaba en marcha para Nápoles cuando se comenzó á negociar una alianza que tenía por objeto espulsar á los extranjeros de Italia. La liga se formó: Fernando tuvo parte en ella, y el valor y fortuna de los franceses, ganando una victoria en Tornova, solo pudieron lograr salir de Italia, pero perdieron su conquista. Fernando, el rey fugitivo de Nápoles, reunió algunas tropas bajo

sus banderas, y sostenido por los ejércitos españoles mandados por el famoso Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitán, recobró su trono y gran parte de sus dominios: una pronuncia muerte le dió por sucesor á su tío Federico, quien llegó á lanzar de Nápoles á todas las guarniciones francesas.

El rey de España se ocupaba entonces en extender las prerogativas de la corona, y reprimir la aristocracia. Durante la guerra contra los moros, los soberanos para conciliarse el afecto de los nobles, les habían concedido extensos privilegios, y ellos mismos se habían tomado otros que la corona no había podido después quitarles. Causas semejantes habían dado grande importancia á las ciudades. Espuestos los campos á las incursiones repetidas de los enemigos, los hombres no encontraban seguridad sino en las plazas fuertes. Los castillos, ademas de no ser tan fuertes como las ciudades generalmente, sujetaban á sus moradores, al poder del señor feudal, interin las ciudades les ofrecían el atractivo de la libertad: así fué, que estas se poblaron y crecieron en fuerza y consideraciones. De aquí resultó en España una especie de congresos representativos, en que cada ciudad tenía sus diputados, y que contralanceaba el poder aristocrático y el real. Fernando quiso, pues, fortalecer el poder real, y lo consiguió, principalmente abatiendo el de los nobles: las medidas mas influyentes fueron la administración de justicia, confiada á jueces reales y sostenida vigorosamente por el monarca; el establecimiento de una especie de policía llamada la Santa Hermandad, destinada á la persecución de malhechores, y la absoluta prohibición de que la nobleza, ni sus castillos, sirviesen de asilo al crimen, ni contrariasen las providencias de la jurisdicción de los tribunales del rey: el haber confiado puestos importantes á personas del pueblo ó de la nobleza inferior, y á quienes el soberano no tenía y encontraba obedientes á su voluntad; y finalmente, el haber reunido á la corona los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara, lo que aumentó el honor, la riqueza, y el influjo del rey, y le libró de súbditos tan poderosos que podían tenerse como rivales, cuales eran los grandes maestres de estas Ordenes. El papa prestó su consentimiento á esta incorporación. La gloria de los reyes católicos en sus guerras extranjeras y empresas lejanas, contribuyó mucho á deslumbrar á los españoles, y conservar su felicidad y obediencia.

La felicidad doméstica de los reyes católicos, se turbó por la muerte de dos de sus hijos, quedándoles solo Juana, casada con Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, é hijo de Maximiliano, emperador de Alemania. Pero á pesar de sus desgracias de familia, Fernando se apo-

dero de Melilla, población perteneciente á los moros sobre la costa de África.

Entre tanto Carlos VIII moría meditando otra invasión en Italia, y le sucedía en el trono y en sus proyectos Luis XII. Se unió con Fernando para conquistar y repartir entre ambos el reino de Nápoles. Gonzalo de Córdoba se apoderó en efecto de él, y mandó al príncipe de Nápoles cautivo á España, donde aunque fué tratado con grande consideración, no se le dió libertad.

Los moros que habían quedado en la Península, llamaron en aquel tiempo la atención del monarca. Muchos de los privilegios que se les habían concedido habían sido violados, y la opresión que sufrían impacientemente, les indujo á rebelarse: reunidos en las montañas de las Alpujarras, contaban con lo inaccesible del terreno para sostenerse mientras les llegaban auxilios de África; pero repentinamente, Fernando con su ejército, que había superado todas las dificultades, se presentó delante de ellos: allí el rey les concedió una capitulación, por la cual se permitió á todos los que no querían vivir bajo un gobierno cristiano, emigrar á la África, pagando una cantidad no muy grande, por cada familia.

El dinero de los moros sirvió para pagar las tropas de Italia que empezaban á murmurar y rehusaban obedecer, si no se les pagaban los sueldos atrasados que se les debían. Una vez satisfechos, Fernando rompió las negociaciones con que se había entretenido á Luis XII, y Gonzalo cubrió con sus tropas todo el reino de Nápoles: los franceses se opusieron en vano, y la batalla de Cevíñola, en que el general francés duque de Nemours, y la mayor parte de su ejército murieron en el campo del combate, estableció la total superioridad de los españoles. La capital abrió sus puertas al vencedor, las demás ciudades siguieron su ejemplo, y Gaeta después de algunos esfuerzos se entregó á Gonzalo, que quedó dueño de todo el reino. Luis hizo grandes preparativos para atacar á Fernando: tres ejércitos y una escuadra debían acometer al mismo tiempo la península y sus dominios extranjeros, y humillarla en el mar: la fortuna no abandonó á la pericia de Fernando, y los tres ejércitos rechazados y derrotados, y la escuadra habiendo perdido inútilmente su tiempo y costos en los mares, aumentaron la gloria de las armas españolas.

Esta felicidad fué turbada por la muerte de la reina Isabel, que falleció en Madrid á la edad de 68 años. Los grandes sucesos de la monarquía habían dependido mucho de la cooperación que ella había prestado á su marido, y algunos se debían á ella sola, como el descubrimiento del nuevo mundo. Colon murió á poco; pero

la historia del nuevo continente no puede separar de sí misma los nombres unidos de la reina y del almirante.

El gobierno del reino de Castilla, cuya soberana había muerto, era ahora un objeto de discordia. Tocaba á Juana, su hija, casada con el archiduque Felipe el Hermoso; pero el juicio de esta princesa la hacía incapaz de tomar el gobierno. Verdad es que tenía un hijo Carlos; pero este niño que crecía para grandes empresas, no estaba aún en edad de que pudiese pensarse en él: así fué que Isabel al morir dejó á su esposo la regencia, mientras su nieto Carlos cumplía veinte años. Pero Felipe se aprovechó de la primera ocasión para pretender que Fernando le entregase la regencia, y se retirase á Aragón. Después de una larga serie de intrigas por una y otra parte, al fin el viejo monarca cedió: Felipe quedó regente á nombre de su esposa é hijo, y Fernando quedó rey de Aragón, gran maestro de las Ordenes y con derecho á la mitad de las rentas del nuevo mundo, como lo había dispuesto Isabel. La regencia, sin embargo, se presentaba pronosticando malos acontecimientos. El archiduque que prefería á sus cortesanos flamencos, y despreciaba á los grandes castellanos que le habían ayudado á subir al trono; sus costumbres poco regulares no demostraban grande amor á la reina, y tal vez aquello hubiera tenido desgraciada terminación; pero la muerte le sorprendió y la regencia de Castilla quedó de nuevo acéfala. Esta muerte trastornó aun mas el juicio de Juana, que amaba con pasión á su marido, y que rehusándose á que permaneciese en el sepulcro el cadáver, pasaba los días enteros á su lado esperando el momento en que recobrase la vida, ó alimentando su dolor y su amor.

La mayoría de los castellanos llamaba entonces á la regencia á Fernando: otros, sin embargo, temían la venganza de éste por el favor que antes habían prestado al archiduque, y querían que Macsimiliano, emperador de Alemania y abuelo paterno de Carlos, tomase el poder como tutor natural de su nieto. Este príncipe, sin embargo, abandonó la empresa á las primeras dificultades que se presentaron. Hallábase Fernando ausente á la sazón, y le importaba tanto pasar por sí mismo á certificar de la fidelidad de Gonzalo de Córdoba, en Italia, que ó por este motivo, ó por la confianza que tenía en su derecho y en el ministerio español, prosiguió su viaje á Italia.

Entre los partidarios del rey de Aragón estaba el cardenal Jimenez de Cisneros. Nacido de una familia distinguida, pero de poca fortuna, sus circunstancias é inclinación le hicieron ordenarse. Su carrera fué brillante, y obtuvo sin trabajo beneficios que le elevaron á los mas

altos puestos. Todo lo renunció y tomó el hábito religioso de San Francisco. La austeridad de sus costumbres, su ciencia y piedad, le hicieron escoger para confesor de la reina Isabel. En este cargo en nada perdió su sencillez de vida: fué nombrado arzobispo de Toledo, y rehusó este puesto, el mejor de la Iglesia después del papado, con tal firmeza, que fué necesario el mandato espreso del pontífice para que le aceptase. Llamado después por Fernando é Isabel á tomar parte en los negocios del reino, desplegó una capacidad para el gobierno, una fidelidad á toda prueba. A él fué, pues, á quien Fernando ausente, confió el cuidado de sus intereses en el grave negocio de la regencia. Mientras que el rey de Aragón se aseguraba por sí mismo de la lealtad de Gonzalo y de la obediencia de Nápoles, Jimenez por su destreza le conquistaba el afecto de una gran parte de sus nobles. Fernando á su vuelta encontró todos los partidos conciliados, y se le concedió la regencia hasta que su nieto Carlos cumpliera 25 años. Reprimió algunas turbaciones en la ciudad de Granada, y la tranquilidad se restableció enteramente.

La famosa liga de Cambray, formada contra los venecianos, abrió un nuevo campo á las intrigas de Fernando: habían entrado en ella con diversos intereses, el papa, Fernando, Macsimiliano, y Luis XII de Francia. Fernando y el papa fueron los únicos que recogieron plenamente el fruto de las victorias de los aliados. Jimenez entre tanto, emprendió en persona y á sus expensas la conquista de Oran, plaza fuerte de los moros en la costa de África. El buen éxito de esta expedición fué completo. El cardenal plantó la bandera de la cruz en Oran, después de derrotar las tropas sarracenas, y volvió á España á huir de los aplausos públicos en el retiro del estudio. La liga de Cambray había abatido á Venecia, obteniendo sobre ella una completa victoria, y el papa y Fernando, que habían conseguido ya sus fines, temieron que la destrucción de esta república aumentase demasiado la preponderancia de los franceses: la república supo estos recelos, y negoció con el rey católico y el pontífice, que se separaron de la liga, y Venecia se salvó, aunque no le fué posible recobrar su antigua grandeza.

El proyecto del papa fué ahora, lanzar á los franceses fuera de Italia, y al efecto se ligó con Fernando, con Henrique VIII de Inglaterra, los suizos y los venecianos. El pontífice empezó solo la lucha y obtuvo algunas ventajas; pero después se vió sitiado en Ravenna por los franceses: los confederados acudieron á librarle, y en efecto, le sacaron de tan peligrosa situación. Ante los moros se dió una acción decisiva: las tropas de los aliados fueron dispersas, y solo

los regimientos españoles se retiraban en buen orden: la victoria se debía por los franceses á Gaston de Foix, duque de Nemours, sobrino de Luis XII, y hermano de Germana de Foix, con quien estaba casado Fernando de Aragón en segundas nupcias. Este príncipe á la edad de 23 años estaba ya cubierto de gloria, y era la esperanza de su patria, á cuyos enemigos había derrotado aun mandados por los mas hábiles generales. Quiso pues completar la victoria de Ravenna y con la intrepidez de un soldado, se arrojó sobre los tercios españoles que se retiraban, mas no huan: no pudo desordenarlos y cayó cubierto de heridas: la fortuna de Francia se apultó con Gaston, y desde entonces perdió su superioridad en Italia.

Fernando dirigía entonces sus miras á otro objeto mas importante para él. Las relaciones con la Francia de Juan de Albre, rey de Navarra, le servían de pretexto para apoderarse de este reino. El duque de Alba á la cabeza de un ejército respetable sitió á Pamplona, y esta ciudad, aunque muy fortificada, no pudo sostenerse contra el hambre, y se rindió. Juan acudió por auxilio á Francia, que no se lo pudo dar, y España adquirió por esta conquista el mismo territorio que hoy tiene.

La muerte de Luis XII colocó en el trono á Francisco I. Este cayó sobre la Italia con un ejército, derrotó á los suizos en Marignan, y se apoderó del Milanesado. La noticia de los progresos de los franceses escitó á Fernando á grandes preparativos para una expedición á Italia; pero su edad le llamaba al sepulcro. El gran rey que había recibido del papa, y legado á sus sucesores, el título de católico, murió en una aldea del camino de Andalucía, á la edad de 64 años, confiando el gobierno á la mano vigorosa del cardenal Cisneros hasta la llegada del archiduque Carlos. Abril 17 de 1844.

UN POETA A UNA NIÑA QUE LE PEDIA UN ARTICULO PARA EL MUSEO.

¡No viene alguna vez, Niña inesperta,
De esmeralda y zafiro revestida
La montaña lejana, convertida,
Si de cerca se mira, en tierra muerta!

Mi fama así, de procedencia incierta,
En largo periodo de mi vida
Brillar pudo quizá; mas discernida,
Torna á su sér oscuro y forma ciega.
La ilusión, el acaso, ó el amigo,
Del mérito decide muchas veces,
Sin recibir ni prueba ni testigo:

Cuando el error y el tiempo dá las creces,
Todo camina bien; pero yo digo:
Es mucho mas el ruido que las nueces.

J. M. G.

PANORAMA DE MEXICO.

DERROTERO DE TAMPICO A MEXICO.

La ciudad de Santa-Anna de Tamaulipas, se halla situada en la margen del Norte del río de Tampico, y á distancia de dos leguas al Oeste de la Barra del mismo nombre: su terreno es firme, embutido de grandes losas de cantería, y elevado sobre el nivel del río, desde 5 hasta 30 varas: su temperamento es moderadamente cálido, desde mediados de Marzo hasta fin de Julio; desde entonces hasta fin de Octubre se aumenta el calor hasta subir el termómetro á 96 grados de la escala de Fahrenheit, y luego los nortes enfrían tanto, que yo he visto bajar el azogue hasta 5 grados sobre cero en el mes de Febrero. La población está perfectamente trazada; sus inmediaciones y los puntos de vista que presenta son bellísimos; y se nota en ella la singular cualidad de contener edificios amarrados á los de la mayor parte del mundo, pues cada extranjero ha hecho su casa segun las que se usan en su patria: junto á la misma población el río deja su nombre de Tampico y abriéndose en dos, se dirige hácia el Noroeste con el de Tamest, y por el Poniente con el de Pánuco. Su anchura será aquí como de 300 varas, y despues de muchos tornos en que se navega como 22 leguas, se angosta hasta 100 varas, y su fondo se mantiene desde 6 hasta 3 brazas, que es lo que le calculé junto al pueblo de Pánuco. La situación de éste es, en la margen del Sur y elevado todo como 50 varas sobre el río. Su temperamento es igual al de Santa Ana en la sensación; pero el aire es puro á causa de que no hay pantanos ni lagunas en diáfana do que se halla cubierto: el caserío es bueno, decente y numeroso; los habitantes y naturales presentan un aspecto de robustez y de buena salud; hay gran número de personas desde sesenta hasta ochenta años; de modo que estos datos, juntos con otros muchos que yo adquirí, me convencieron de que Pánuco contendrá mas de doce mil habitantes, luego que la esportacion de frutos del país llegue á su incremento; y que el no haberse situado aquí una aduana marítima, ha librado de grandes quebrantos á todos los puertos que hay desde Galvezton á Alvarado, y de su total ruina á los pueblos comarcenos de la colonia y la Huasteca. En Santa-Anna se atraviesa el río de Tam-

pico, y desde una ranchería llamada las Matillas, en el territorio de Veracruz, se toma un camino muy bueno en tiempo de secas, que á la distancia de 14 leguas conduce á Pánuco, sin otros inconvenientes que algunos pequeños arroyos de travesía, y el célebre estero de Topila, que contiene una agua deliciosa, y sube con grandes rodeos sobre cincuenta leguas hácia la sierra de Tanimar: entre las muchas riquezas que pueden obtenerse del río de Pánuco, se encuentra la concha nácar, de que se hacen remisiones á Europa. Saliendo de este pueblo con direccion á Mexico, se toma un camino que con pequeñas variaciones se dirige al Suroeste, y es ancho, plano, de buena superficie, con muy poca piedra, salpicado de arboledas claras, y sin otra agua que la de una laguna que se encuentra á las dos leguas, angosta y profunda, y de una barranquita que se pasa á seis, en donde á distancia de media legua se encuentra la ranchería de la Trinidad, que tiene buena agua, y unos doce jacales, cuyos vecinos proporcionan alojamientos y comestibles buenos y baratos. El referido tránsito da señales de ser húmedo en tiempo de aguas, y en algunas partes atascoso: continuando el camino sigue de la misma naturaleza y direccion hasta las cuatro leguas, en que despues de haberse pasado dos rancherías, se entra en un bosque alto, á causa de que el camino se acerca otra vez al río de Pánuco, y así se anda por varias rancherías de ganado mayor; á las cuatro leguas está la que se nombra del Obispo, cuyas casas distan 50 varas del mismo río, y elevadas como 60 sobre su nivel. Desde aquí se nota alguna frescura en el aire, y una vegetacion tan hermosa, que produce arboledas que lucirian en las mejores alamedas, con flores esquisitas, y tan grande caceria de toda clase, que va uno siempre rodeado de venados, javalies, liebres, faisanes, totoles, y un número tan extraordinario de tórtolas, que yo gradúe mas de ciento en un solo árbol: al amanecer forman todos estos animales una algazara tan bella, que no podia menos de lamentar la suerte de aquellos mexicanos que rascan su ruina y su deshonor en las grandes cavernas, despreciando tanta abundancia puesta sobre la superficie de la tierra: se va adelante, y á la vista de varios hatos de ganado, y el río aunque próc-



TAMPICO.

simo, se deja de ver, y el pais continúa de la misma naturaleza hasta las seis leguas que vuelve á presentarse el río; pero no el de Pánuco, ó lo que es lo mismo el de Huehuetoca, sino otro que se le incorpora allí, y baja mas al Sur, y cuyo nombre varia segun el parage por donde pasa. Desde aqui el terreno es calcareo y pedregoso, aunque bien cultivado. Las colinas son mas sensibles hasta las cuatro leguas, que se sube una cuesta como de 150 varas, sobre la cual está el pueblo de Tempoal, rodeado en semicírculo del río que va muy profundo, y por consiguiente, á cualquier lado que uno se asoma goza de vistas encantadoras, y de un aire vivificante, aunque todavia grueso y templado: noté muchos restos de edificios gentiles, entre los cuales llamaron mi atencion grandes círculos de hornigón que hasta hoy se conservan intactos, y de los cuales aquellos perezosos habitantes se aprovechan, para hacer sus casas, á las que aplican tambien piedra cortada artificialmente en cuadros y cuadrilongos bien trazados que se encuentra en tanta cantidad, que no han podido agotarse con un consumo de mas de 300 años: desde aqui se padece una enfermedad llamada bocio, cuyo origen no tuvo lugar de examinar: pasando adelante se baja del pueblo para tomar el camino cosa de 100 varas, y se va sobre tierra vegetal con muy poca piedra, y entre praderas con retazos de árboles altos, y algunas rancherías de ganado y labor, hasta las tres leguas que se halla la de Tamemas, en donde se pasa un río á vado en Abril; pero creo que no podrá hacerse en cuanto llueva, pues sus márgenes son como de 80 varas de alto y casi perpendiculares, y el cauce no bajará de 100 de ancho, con tres piés de profundidad, con fondo de piedra suelta: por supuesto que desde aqui se deja el río á la izquierda, y se sigue con él siempre á la vista: á las dos leguas se llega á una ranchería como de treinta buenas casas, llamada el Coposo, por unos árboles que tienen este nombre, y son muy parecidos á los naranjos mas altos: aqui se hace jabon bueno y barato: panela, azúcar, carne salada y otros efectos de industria: el camino sigue ancho y llano, de tierra sin piedra y con muy poca arboleda; á la legua se deja la vista del río, y á las cuatro se está en la hacienda del Capadero, que tiene mas de cien cascos, muchas de mampostería, con una capilla: el río se queda al Sur á distancia de 200 varas, y hasta aqui suben y bajan las caños desde Tamauilpas, no siendo posible subirlo mas, por los raudales que se presentan con mucha frecuencia: el Capadero es una propiedad particular para criar ganado, mulas y caballos; pero la buena situacion que ocupa para girar con México y San Luis Potosí, hace que el vecindario sea tan numeroso, y que la indus-

tria de jabon, pieles, pescado y otros efectos haya prosperado: el tránsito desde Tamemas hasta el Capadero, forma la línea divisoria entre la tierra caliente y la templada; de consiguiente, es tan hermoso y hay tantas flores y tantos animales silvestres, que sieme uno dejar aquellos sitios en donde la vista y el olfato han sido regalados deliciosamente: desde que se sale de esta hacienda, el terreno se empieza á ver quebrado, con piedra suelta, y el camino tiene muchas vueltas para salvar los cerros que lo rodean, y los arroyos profundos que lo cortan: abundan á un lado y otro las rancherías, y está á las cuatro leguas el pueblecito de Chalma, situado en un terreno calcareo, con casas de madera limpias y graciosas, y comercio de arriería: á poco andar, se sube una cuesta como de 400 varas de elevacion sobre el pueblo, y se sigue por un lomo calizo de mala superficie que dura tres leguas, y se baja sobre 50 varas á una especie de valle ameno y muy regado, á cuyo fin, que distará una legua, se ve el pueblo de Huejutla, grande, de buenas casas de piedra, con muchos artesanos de todas clases, y abundante de recursos; pero tan mal situado, que el viento es muy escaso, y grande el calor que despiden los cerros elevados que lo circundan. Desde que se sale de dicha poblacion, se entra en los ramales de la Sierra-Madre, que por allí corre del Noroeste para el Este, y el camino que la faldea lleva la misma direccion, hasta una hacienda de caña bien poblada que se llama Atlapasco, distante cinco leguas de terreno quebrado y pedregoso de lajas, con muchos arroyos: aqui es la concurrencia del camino de Pánuco y el que viene de Pueblo Viejo por Tantoyuca; mas adelante se pasa un río pedregoso varias ocasiones, y se entra en una cañada frondosa con diversas rancherías miserables y de muy mal clima, motivado de su grande humedad y poca ventilacion. El pueblo de Santa Teresa está distante seis leguas, y colocado entre unas barrancas calcáreas, tristes y poco fecundas: al momento se sube una cuesta empinada, que tendrá sobre una legua hasta la cima, y esta me pareció como 600 varas sobre el pueblo: se siguen otras dos leguas por diversas crestas, dejando á uno y otro lado inmensas profundidades, regularmente pobladas y con buena vegetacion, y así se bajan otras dos leguas, encontrándose la ranchería corta de Sosoyoco, y otra allí luego, que se nombra el Embocadero, á causa de que se entra en la bella y molestísima cañada de Tlacolula: estas rancherías estarán 200 varas mas bajas que la cumbre de Santa Teresa. Desde el embocadero el camino toma al Poniente entre cerros elevadísimos y bosques altos y cerrados; es plano muy pedregoso, y á cada momento se pasa un mismo río que

serpentea por la cañada, y al llegar al pueblito de Tlacolula distante siete leguas, se ha vadado como treinta y cinco ocasiones, siempre con grande incomodidad, y algunas veces con riesgo de sumirse en las posas, ó de que el caballo resbale en los grandes y redondos giraros que pisa: en Tlacolula se ven descender unos barreales colorados por donde se le incorpora un camino que sale de Atlapasco y llaman de Ayatipan, que me dijeron era mas corto que el que yo traje, y sin la pena de pasar tantas veces el río: en el fondo de la cañada se ven piedras de una pieza, y hasta de 30 varas cúbicas de tamaño, que parece han caído de los cerros; de modo que discurriéndose sobre el modo como se forman y se crean estos cuerpos, y las inmensas alturas de donde proceden, causa un verdadero asombro el calcular los siglos que habrán pasado para tomar tal incremento, y el ruido y los estragos que harán al descender hasta la fosa: de aquí se sigue por la misma cañada, y pasando el río veinte y dos ocasiones, se han andado tres leguas, y se llega á un rancho llamado el Nuevo Notable, porque la cañada se estrecha tanto que apenas distarán 80 varas sus paredes, cuyo nombre me parece el mas propio á las quebradas perpendiculares, blancas y petrificadas que tienen los cerros, y sus bordos son de tanta altura que yo reposaba debajo de un árbol de anona que se cria en lo mas cálido, y sobre mí estaban los pinos á tal elevación, que mi cuello no pudo encorvarse lo bastante para calcularla; se trepa despues sobre la derecha por un camino angosto y barroso, con algunas lajas, y á las tres leguas está una encina del ranchito 800 varas, envuelto entre las nubes y muerto de frío, cuando poco antes tenía un sudor copioso motivado por aquel hondísimo pozo de donde ha salido: un día que yo pasé por aquí tuve la gran satisfaccion de que con diferencia de seis horas, se encontrasen encima de mi cabeza, y luego debajo de mis pies, las plantas y las temperaturas que hay desde Acapulco á Noka, ó desde Veracruz al Cabo de Hornos: despues se disfruta de vistas asombrosas y agradables por tantos cerros verdes, y tantos pueblitos y ranchos colocados en parages que parecen esentos de la huella del hombre; el camino está muy poblado, y á las cuatro leguas se halla el pueblo de Santa-Ana Tianguistengo, que tendrá mil personas y es frío y húmedo: el camino sigue desigual, barroso y poblado cuatro leguas que dista el de Zacualtipan, de clima sumamente frío y húmedo, de numeroso vecindario, con casas la mayor parte de madera, cómodas y feas; aquí me detuve cuatro dias en reverencia de la Semana Santa, y algunos sugetos de los principales me enseñaron carbon de piedra bastante bueno, piedras

minerales de gran valor, y otros efectos que se encuentran en las inmediaciones: me dijeron que habia azogue, y yo vi en el camino una cal esquisita que se encuentra tambien cerca de las Vigas en el tránsito para Jalapa, y la cual se presenta hecha un polvo finísimo que mezclado con aceite da un blanco tan hermoso como el albayalde: sin dejar de animar á dichos vecinos para el cultivo de tantos artículos, les hice ver que su mayor riqueza consistiria en la facilísima operacion de componer el camino de la cañada de Tlacolula; mas ellos me oyeron con indiferencia; conocí que estaban poseídos del mismo delirio que otros tantos mexicanos para sepultarse en vida solicitando los metales de oro y plata. A mas de las subidas que dejo referidas, el terreno desde Pánuco se va elevando constante y suavemente, de modo que Zacualtipan y el Mineral del Monte, son á mi juicio los puntos poblados mas altos de la Sierra Madre por esta parte, y tendrán 500 varas sobre México, pues los pinos no pasan allí de las seis: desde Rancho Nuevo, el camino real sigue por la cañada, y se pasa el río treinta y tantas ocasiones, hasta el pueblito de Pinolco, donde se sube la misma serranía que yo pasé para Tianguistengo, y á las cinco leguas de camino algo quebrado se llega á Zacualtipan: siguiéndose adelante se va por un terreno algo quebrado, de barro con buena vegetacion, aunque clara y pequeña, con gran número de arroyos de agua hermosa, y casas frecuentes hasta las cinco leguas, que se baja una mala cuesta larga y tendida, y se deja al miserable y horrible pueblo de Omilcalco: allí sentí un calor sofocante, y yo no me podia persuadir que aquello fuera natural, cuando apenas habria descendido 500 varas; pero luego advertí que causas accidentales suelen hacer mas sensibles estas transiciones y que Omilcalco, situado sobre cal por todas partes, con poca agua y viento, y con mucho sol, hacia una atmósfera cruel: al momento se emprende la subida de mal camino estéril y pedregoso, lleno de maleza, de resequedad y de polvo, de modo que á las tres leguas se ve uno sorprendido agradablemente viendo á sus pies la hermosísima cañada que corre de Mexitlan á Tulancingo y allí llaman la Vega; se quisiera que la bajada durase mucho, pues los ojos no se satisfacen bastante de examinar á sus pies las copias de mil nogales que circundan la graciosa hacienda de Guadalupe, y á la legua de bajar se está en ella pensando el río de Mexitlan: me pareció que dicha hacienda tenia una temperatura como Jalapa porque hay en ella floripondio, chirimoyos y humedad en la atmósfera; de aquí se sube otra vez una cuesta no buena, de tierra vegetal con poco verde hasta encumbar á la hacienda del Soquial, distante 3 leguas, que cul

tiva trigo, alberjon, y otras semillas de tierra fria y seca; el pais es llano, despejado y cubierto de sacate corto, otras seis leguas de esta clase de terreno bien poblado hasta el pueblo de Atonilco el Grande, bien trazado, de buenas casas, con dos ó tres iglesias, con mucha gente, frío, frondoso, y ocupando magestuosamente lo mas elevado de aquella inmensa llanura, con una obra de manostería, que lleva el agua potable á las calles del pueblo bien conducida: el camino es igualmente llano, hermoso y bien poblado hasta las dos leguas que se tuerce á la derecha, dejando á la otra mano una senda ancha que se dirige á Tulancingo, y á poco de haber torcido se entra en una cañada que á su embocadura está el pequeño pueblo de Omiltilan y empieza un camino artificial que sigue por la cañada, y consta de una calzada suelta, de gran número de alcantarillas y de pequeños puentes que dan paso á las aguas por debajo del camino, de muchos cortes verticales que se han hecho en los cerros, y de otras varias operaciones que se han ejecutado con grande esmero y habilidad hasta el grado de ser este camino de ruedas en las dos leguas que hay desde dicho Omiltilan hasta un vasto grupo de casas que se deja á la derecha en una altura, y que es como el cogollo de las que se encuentran casi sin interrupcion en toda la cañada, cuya totalidad forma la poblacion que lleva el título del Mineral del Monte: aquí se deja á la derecha un camino que conduce á Pachuca, y se va por una senda estrecha, desigual, pedregosa, calcarea, y que despues de un desenso rápido de media legua, se llega á la miserable ranchería de Azoayala en donde sin embargo se encuentran viveros y pasturas; aquí se ha salido enteramente de la Sierra-Madre, y se da principio á un valle oval de diez y siete leguas de largo de Norte á Sur, y seis á diez de ancho en travesía, conocido con el nombre de San Mateo, porque en su medianía está el pueblo de este nombre: desde Azoayala el terreno es sumamente plano, sin árboles, sin agua, revestido de grama, despolado, y con una inclinacion suave pero no interrumpida sobre el Sur; y en el camino que lo atraviesa en esta direccion, se encuentran los pueblos de dicho San Mateo, Tecama, San Cristóbal, y algunos otros mas pequeños hasta Tostpetat, en donde concluye el valle de que se ha tratado, y luego se sube un poco para pasar una especie de garganta ó puerto que conduce al de México, y á las dos leguas se llega á la preciosa ciudad de Guadalupe, desde la cual no hay mas que una á la capital de la república, cuya entrada por esta parte es desagradable, porque sin embargo de que las garitas de los resguardos son hermosas, las calles y los edificios que siguen hacia dentro, están sucias y de mal aspecto en su generalidad; hasta que no se ha penetrado bien en la ciudad, que ya entonces se empieza á notar su belleza.—N. Uerri.

(Escriba para el Museo).

ALOCUCION

Sobre el establecimiento, perfeccion y progreso de la literatura española, pronunciada en la Assemblée de Honorados del colegio de San Gregorio, por el alumno el Sr. D. Pio Bustamante.

SEÑORES:

OLVIDADO á hablar en este día acerca del establecimiento, progreso y perfeccion de la literatura española, la premura de tiempo, y los cortos límites señalados á nuestras reuniones, aumenta en mí el embarazo que naturalmente producen la cortedad de mis luces y escasos conocimientos en materia tan vasta, ardua y difícil. ¿Pero quién no se sintiera animado á profesar aunque sean débiles expresiones en este asunto, cuando se le presenta un campo tan amplio y bien cultivado? El labrador que toma el arado en sus manos desafia al conquistador guerrero, y sabe que por fruto de sus trabajos y fatigas recogerá una abundante cosecha que lo indemnizará de todas sus enfermedades, que no tendrá la espada en sangre, ni hará estremeceir la tierra con sus pies. El naturalista que recorre los prados, observa las plantas que los cubren, las determina y encuentra en ellas nuevas virtudes útiles á la medicina, á la agricultura y á las artes. Ve desarrollarse los pétalos de la rosa, que oculta en el cáliz, lo rompe con violencia á la llegada de la mañana y aparece festiva y llena de encantos, como la primera muger que engalanada contempló risueña la venida de la aurora.

Así el literato, penetrando en medio de las bellezas que le ofrecen la poesía, la oratoria, y otros varios escritos de diversos géneros, atropella las dificultades, se dedica al estudio, é imita á aquellos grandes modelos, que son los tipos de la elocuencia y belleza.

Un Ciceron, un Salustio, un Tito-Livio, Julio Cesar y otros, tienen tanto atractivo para el hombre observador, que el pronunciar sus nombres lo llena de admiracion y de entusiasmo.

Tal es la suerte reservada á los hombres célebres, no solamente de la antigua y opulenta Roma, sino á los de las otras naciones, en que han aparecido como astros brillantes, difundiendo su benéfica luz por todo el mundo; mas contrayéndose á la España, que es el objeto de esta pequeña disertacion, manifestaré desde luego que su literatura no solamente ha existido desde tiempos remotos, sino que se la ha cultivado y perfeccionado en varias épocas, pudiendo asegurarse esta verdad, por medio del testimonio de muchos hombres que florecieron entonces.

¿Y cómo podía suceder esto, si no hubiese un gusto establecido, y modelos perfectos de donde pudiesen formarse las grandiosas obras que conocemos, y han llegado hasta nuestros días!

Recorriendo siglos y provincias diversas, podemos conversar con escritores insignes, lo cual nos presentará el cuadro mas sublime. Allí podemos ver á D. Alfonso dictando sabias leyes; á D. Juan Manuel dando reglas morales y civiles para el bien vivir; á Pulgar juzgando á los cortesanos de su tiempo; á Guevara retratando los vicios de los grandes y los peligros de la corte; á Granada exhortando á la virtud; á Leon ensalzando los atributos de Dios; á Mariana juzgando y defendiendo á su nación; á Cervantes ridiculizando las preocupaciones y moviendo los sencillos y tiernos afectos; á Saevedra formando su República política y literaria; y á Solís pintando extraños caracteres, y describiendo en un lenguaje encantador estupendos sucesos.

Todo esto da una idea de los progresos y perfección de la literatura española, al mismo tiempo que hace ver la feliz aptitud de la lengua castellana, para conformarse con todo género de estilo.

A mediados del siglo XV, dice Capmany, "a"maneció en Castilla alguna luz de saber, que se comunicó á varios sujetos del palacio de la corte, que cultivaron los estudios amenos, según el gusto que permitían aquellos tiempos "estériles de modelos por falta del comercio de la imprenta." Mas entre todos los discursos y escritos, varios de aquella edad que comprendió los reinados de D. Juan el II, y D. Enrique III, apenas hay algunos que se pueden leer con interés.

Pero el siglo XVI fué para la España su mas brillante ornamento, pues que no sin razon ha sido apellidado el siglo de oro, sea que se atienda al número y mérito de los grandes escritores que ilustraron á su nación, ó á las famosas conquistas que hacían capitanes invictos, extendiendo su señorío y la magestad de su nombre por toda la redondez de la tierra. Puede asegurarse que de los tres monarcas que gobernaron en aquellos tiempos la España, Fernando el Católico crió los grandes ingenios. Carios los alimentos, y Felipe su hijo cogió los frutos sazonados de todo género de doctrina y sabiduría. Cuando aparecieron Oliva, Morales, y Fr. Luis de Leon como escritores públicos, la literatura se vio en su mayor grado de prosperidad, y los ingenios de estos hombres brillaron al traves de las generaciones futuras, con la misma gloria que entre nosotros.

En cuanto á la Oratoria, no hay duda que el sistema de gobierno establecido entonces en la España, contribuyó á que se manifestasen las

verdades evangélicas con mas claridad; porque el ministro de Dios es el único en las monarquías absolutas que puede desplegar á presencia del pueblo, de los grandes, y aun de los reyes, aquella suerte de autoridad, y aquella franqueza arrogante y libre que en las repúblicas daba á los antiguos oradores la igualdad de los ciudadanos, y una misma patria, cuya defensa á todos pertenecía, lo cual vemos hoy felizmente restituido en nuestra nación.

El gusto por la poesía no se hallaba menos extendido, y bien se deja ver que el cultivo de las musas no fué desconocido para los que florecieron en esa época.

Mas en cuanto á los predicadores, cuán susceptibles son de la elocuencia, pues que se añade al espíritu religioso que los anima é inflama, la contemplación de ver á una muchedumbre inmensa de oyentes, que colgados inmóviles de su boca, se poseen de los afectos que mas les penetran; que sollozan, tiemblan, se alegran, se enternecen á su voluntad, debe todo esto, á la verdad, servirles de un dulcísimo incentivo para usar de toda su valentia y para unir á la perfección del arte el señorío de los corazones.

Delante de la muchedumbre vibraba rayos Demóstenes, al mismo tiempo que la elocuencia estaba prohibida dentro del Arcópago. Delante de la muchedumbre desplegaba la fuerza de su elocuencia Tiberio Graco; y Ciceron era mucho mayor orador cuando hablaba al pueblo que cuando razonaba en el senado. Parece que la elocuencia no solo necesita de una concurrencia universal, y que á esta la pueda commover; sino de hombres á quienes pueda confundir sus pasiones á su arbitrio: porque para ser verdaderamente elocuente, es menester que el que habla sea igual con los que le oyen, y aun á veces, que tenga ó tome cierto dominio sobre ellos.

Siendo esto así, podrá dudarse que en España se haya cultivado este arte precioso con menos esmero? Ciertamente que no, y tenemos una prueba de ello en la historia.

Resulta, pues, de lo que se ha dicho, que la literatura, lejos de ser desconocida al pueblo español, se cultivó con la mayor dedicación, y que hombres de todas clases brillaron en las diversas épocas en que floreció.

Confirman esta verdad el testimonio de algunos ingenios sublimes, que no fueron menos célebres en la España, que aquellos grandes romanos alabados en la historia, y citados por los modelos de la elocuencia y del saber.

¿Quién no admirará mas y mas el progreso de las ciencias! Este viene á ser una consecuencia natural de la ilustración.

Los pueblos que sumergidos en el silencio y la abyección, jamás levantan la cabeza, son se-

mejantes á los séres morales, que agobiados por la pena y el dolor, se conoce que existen únicamente por los movimientos del cuerpo; mas las naciones que logran ilustrarse reparten su luz á semejanza de los meteoros enemigo de la atmósfera.

Así es como han llegado hasta nosotros las obras maestras de la literatura española, y así pasarán á otras generaciones, sin perecer jamás, porque su gloria está fundada sobre permanentes y sólidos cimientos.—Dije.

UNA MIRADA.

No era un mirar sobre la faz del mundo,
No era un mirar de la torresca villa;
Hundírase del cielo en lo profundo
Su mirada perdida.
Y óndese sus lánguidas regiones
Ka mágico reflejo á mi velvia;
Y de ella en verso un mundo de ilusiones
Fundóse nacía.
Nicolás Pastor Díaz.

Me han preguntado algunas veces, que si deseo la voluptuosa é indolente existencia de un sultán, enemigo de su serrallo; la pompa y los honores de un lord inglés; los placeres mas delicados en las capitales de Europa... Si fuera posible gozar de todo esto, yo lo cambiaria gozoso por una mirada tuya ¡oh María! Una mirada de amor de esos azules y divinos ojos.

Cuando te dignas, criatura celestial! volver los ojos hácia mí, siento que mi sér se rejuvenece y anima; que ese rayo ardiente de tus miradas penetra en lo íntimo de mi alma, y anima las muertas y marchitas ilusiones que duermen en el fondo de mi corazón. Como se disipan con el soplo de las auras, los negros nubarrones que empañan el azul del cielo, así con tu mirada se huyen y vuelan las sombras melancólicas que posan sobre mi frente. Tu mirada para mí ¡oh muger encantadora! es la sombra que apetece el viajero extraviado en las arenas del desierto; la luz del cercano faro que mira el navegante desde la embarcación combatida y rota por la tempestad.

Otros, María, oyen el armonioso acento de tu voz, y ven abrirse tus labios de rosa, y asombr esa sonrisa de ángel; yo no tengo mas que tu mirada, déjala caer de vez en cuando sobre mi existencia desgraciada, porque me es necesaria como á los pájaros el viento, como á los peces las aguas, como á los rebafos la grama de los campos; como á las flores el rocío y la luz. Dirije, ¡oh María! tus ojos hácia mí, porque en ellos hebo la inspiracion; porque es un bálsamo dulcísimo que infunde en mi alma entera una

alegría indefinible; porque como si tuvieras poder para levantar á mi espíritu del abatimiento y del dolor, siento que se despierta de nuevo en el ese mundo de ilusiones marchitas y silenciosas, ese séquito de esperanzas, esa fé en el porvenir, que he perdido en los tempranos días de mi juventud.

Muchas veces, María, he querido leer mi porvenir y mi destino en tus ojos; he querido ver si piadosa y compasiva, tenderás una mano bondadosa al que ha implorado con silenciosas lágrimas tu amor; si aquel que te ha erigido un altar en su corazón, podrá esperar tu piedad ó temor tu enojo.—Y nada, María: la duda me ha martirizado, y el delirio me ha quemado mi alma, hasta que tú, compasiva como el Señor cuando derrama una fresca lluvia en los campos tostados y sédientos, has dejado caer una mirada sobre mi existencia inútil y seca como las hojas que caen en el invierno de los árboles y son arrebatadas por los vientos... Pero aún éonservo, María, un resto de esperanza, de que mis céntos tendrán eco en tu corazón, de que tú, niña cándida y pura, que aun no abandonas el blanco cáñamo de la inocencia con que el Señor te entró al mundo, no te negarás á ser el ángel misterioso que siga en este camino de espinas y miserias, y que acese cuando mis ojos se cierren para siempre á la luz, encuentre, que en los tuyos tiembla una lágrima de compasion, ó al vez de amor.

(Escrito para el Museo.)

¡Oh María! tu mirada es un bálsamo dulce que infunde en mi alma entera una alegría indefinible; porque como si tuvieras poder para levantar á mi espíritu del abatimiento y del dolor, siento que se despierta de nuevo en el ese mundo de ilusiones marchitas y silenciosas, ese séquito de esperanzas, esa fé en el porvenir, que he perdido en los tempranos días de mi juventud.

El demonio de la burla ha arrastrado el polvo, para empañar la mas noble imagen de la humanidad. El espíritu del mundo lucha éternamente con todo lo que hay de hermoso y de grande; no cree ni en Dios ni en los espíritus celestiales, y quiere arrebatar al corazón todos sus tesoros, destruyendo sus creencias, y atacando todas sus ilusiones.

Mas la poesía como tú, Juana, es de humilde nacimiento, es una pobre pastora que te cubre con todo el prestigio de la divinidad, te rodea de un séquito de estrellas, y esparce la gloria á tu alrededor.

El mundo se complace en oscurecer todo lo que brilla, y llenar de fango todo lo que se eleva; mas no temas, porque hay todavía buenos corazones, que se commueven con las acciones sublimes y generosas. Tú serás inmortal, Juana, porque alma como tú, son únicas en la tierra, como lo es el sol en el firmamento.

(Traducido para el Museo.)

GALERÍA DE PINTORES ESPAÑOLES.

EL MUDO.

Este hombre es uno de los testimonios más irrecusables del poder irresistible del instinto natural, y de la constante superioridad que ejerce sobre la educación. Si el Retórico romano ha dicho y con razón que *el poeta nace*, el mudo ha probado que también *se nace pintor*. Privado de los medios de comunicación con los otros hombres, reducido á su sola organización intelectual, y contrariado por todo lo que le rodeaba, cumplió con el destino para que nació, y un destino brillante con solo dejarse guiar por las inspiraciones naturales de que estaba dotado.

Juan Fernandez Navarrete nació por los años de 1526 en la Villa de Logroño, provincia de Rioja. A los tres años una aguda enfermedad lo privó del sentido del oído, y como los sordos, mudos de nacimiento, no pudiendo oírle fué imposible saber hablar. En esta época todavía el eclesiástico Fr. Pedro Ponce, que precedió al abate de L'Épée, no había puesto en práctica su sistema de enseñanza para los sordos-mudos, pues no fué hasta el año de 1570 cuando comenzó á instruir á los dos hermanos y la hermana del condestable de Castilla. Así, pues, ni logró de esta ventaja, ni tampoco su familia pensó en darle otra clase de educación; pero muy pronto se descubrió su gusto por el dibujo, pues sirviéndose de un carbon por pincel, se le veía continuamente pintando en las paredes, los objetos que le llamaban la atención. Su inteligencia y su talento natural, se manifestaron tan claramente en estos bosquejos informes, que su padre se decidió á enviarlo á un convento del orden de San Gerónimo, llamado «La Estrella», poco distante de la ciudad, y donde se encontraba el padre Fr. Vicente, que se ocupaba un poco de la pintura. Este religioso combatió cariñoso al mudoito, le enseñó los primeros rudimentos del arte, y en breve considerando los rápidos progresos de su discípulo obligó á su familia á que lo enviase á Italia.

El mudo, cuya familia disfrutaba de comodidades, partió en efecto para el país de las bellas artes. Visitó á Roma, Nápoles, Florencia, Milan y Venecia, deteniéndose en todos los lugares, y frecuentando los talleres de los maestros de mas reputación, fijándose por fin al lado del Ticiano, del cual fué uno de los discípulos mas hábiles y laboriosos. Su permanencia en Italia fué larga, pues duró como veinte años en ella, y aunque no pueda citarse ninguna o-

bra notable, compuesta por él durante sus viajes, si es evidente que tenía entre los artistas de Italia una gran reputación, que aumentaba la circunstancia de su enfermedad. El nombre del mudo se conoció en España á la sazón que Felipe II mandaba pintar las decoraciones del Escorial, y envió de preferencia por el discípulo de Ticiano. El mudo se dirigió á Madrid, de edad entonces de cuarenta años. Una real cédula de 6 de Marzo de 1568 le nombró pintor del rey, con doscientos ducados de sueldo anual, sin perjuicio de pagarle el valor de sus obras. Había traído como una muestra de su habilidad un cuadro pequeño del «Bautismo de Jesus», que agradó sobremanera al rey, y que mucho tiempo se conservó en la celda del prior del Escorial.

Apenas el mudo había comenzado sus trabajos pintando varios *Profetas* y un *Calvario* para el monumento, cuando fué atacado de una grave enfermedad, que lo obligó á marcharse á Logroño á respirar los aires patrios. Pasó con licencia muy cerca de tres años en Logroño, recibiendo siempre su sueldo como pintor del rey. En el mes de Marzo de 1571, regresó al Escorial con cuatro grandes cuadros que se le habían mandado hacer, y que le fueron pagados á 500 ducados cada uno. Erán: una *Asunción*, un *Martirio de Santiago el Mayor*, un *San Felipe*, y un *San Gerónimo*. Se cree que en el primero al pintar la Virgen retrató á su madre Doña Catalina Jimenez, que había sido muy hermosa, y colocó igualmente á su padre entre los apóstoles.

Cuando el Mudo vió ya colocado el cuadro, quiso destruirlo porque notaba defectuosos el grupo principal, y á la Virgen demasiado estrechada por los ángeles pintados á su alrededor; mas Felipe II, cual otro Augusto con Virgilio, protegió la obra contra la cólera de su autor.

Se refiere tambien, á propósito del cuadro del *martirio de Santiago*, que para vengarse de Santoyo, secretario del rey, el Mudo lo retrató en las facciones del verdugo que martirizaba al santo; mas el padre Sigienza, que ha hablado estensamente en su Historia de la orden de San Gerónimo, y que habiaba entonces el Escorial, afirma, que la fea y singular figura del verdugo de Santiago, es simplemente la de un artesano de Logroño. Estos cuatro cuadros se colocaron en la sacristía del convento, encargándose al

Mudo pintara otros cuatro de la misma dimensión para la sacristía del colegio; á saber, la *Natividad*, *Jesucristo atado á la columna*, *La Sagrada Familia*, y *San Juan* escribiendo el Apocalipsis en la isla de Pathmos. Estas composiciones pintadas en Madrid, fueron presentadas al Escorial el 9 de Noviembre de 1575, y pagadas al Mudo á razon de 800 ducados cada una.

El conjunto de los ocho cuadros mencionados forma la obra capital del pintor: este conjunto fué destruido por un incendio que devoró tres cuadros, *La Asunción*, *San Felipe* y *San Juan*. Los cinco que escaparon fueron colocados despues en el claustro del monasterio. Además de su mérito incontestable, llaman la atención por una circunstancia particular. El *Santiago* y el *San Gerónimo* están acabados con una minuciosidad fina, que por decirlo así, forma una manera peculiar, de la cual el Mudo se separó en otras composiciones. El *Cristo á la columna* visto de frente, es una cabeza admirable, cuya dulzura y belleza forma un contraste con la innoble fealdad de los sayones que se preparan á azotarlo. En la *Santa familia*, las cabezas son igualmente bellas y expresivas; mas por un extraño capricho, el pintor ha colocado en el primer plan del cuadro, de un lado una perdiz, y del otro un perro y un gato que se disputan un hueso, con tan cómicas contorsiones, que es imposible dejarse de reir al mirarlos. En la *Natividad*, el Mudo se empeñó en vencer una dificultad formidable: iluminó su cuadro por tres luces diferentes: la que se escapaba de la aureola del Santo Niño, la que baja de la gloria y se estiende en toda la composición, y por último, la que dá una antorcha que San José tiene en la mano. El grupo de pastores es lo mejor del cuadro. Se cuenta que el pintor Florentino Tebaldi no podia cansarse de admirarlos, y exclamaba entusiasmado: *Oh gli belli pastori!* Esta exclamación le dió nombre al cuadro, pues se llama *Los bellos pastores*; como mas tarde la exclamación de Lucas Giordano: *Es la Teología de la pintura*, sirvió para nombrar el último cuadro de Velazquez.

En 1576, el Mudo pintó su famoso cuadro de *Abraham y los tres ángeles*, que le valió 500 ducados. En el mes de Agosto del mismo año hizo con el prior, el inspector y el tesoro del Escorial, un contrato singular, del que se conserva copia en los archivos del monasterio. Por este contrato se comprometia á pintar treinta y dos cuadros en el espacio de cuatro años. Veintisiete cuadros debían tener siete y medio pies de largo, y siete y un cuarto de ancho; los lienzos debían ser de una pieza, sin costura alguna; el trabajo era preciso que fuera enteramente de la mano de Juan Fernandez Navarrete, y

lo ejecutaria ya en el Escorial, ya en Logroño: las figuras no deberían pasar de siete y un cuarto pies de altura, y si el mismo objeto se repetía, el rostro y los vestidos serían iguales; además se le prohibía que entre estas composiciones pusiera perro, gato, u otra figura deshonesta. Este contrato no está solamente firmado por el Mudo que habia aprendido á leer, á escribir, á jugar á los naipes, y que era de una instruccion poco comun en historia y en mitología, sino tambien por un tal Francisco de la Peña, con el cual platicaba por señas y le servia de intérprete.

El Mudo no pudo dar cumplimiento á este contrato, pues pintó solamente durante los años de 1577 y 1578, los ocho primeros cuadros que representan de dos en dos los apóstoles, y los evangelistas san Pablo y San Bernabé. Los otros cuadros restantes fueron acabados en los años siguientes por Alonso Sanchez Cuello, y Luis de Carvajal. El Mudo cuya salud habia sido constantemente débil, fué atacado de una obstruccion en el estómago, que le obligó á emprender pequeños viajes. En fin, el 28 de Marzo de 1579, murió en Toledo en casa de su amigo Nicolas Vergara, de edad de 52 años.

Su testamento escrito de su puño y letra, fué una especie de enigma que no se pudo descifrar sino por medio de una averiguacion judicial, y apoyada en el testimonio de sus amigos. En la copia literal de este testamento, se puede notar la concision con que se expresan las ideas por un hombre que no tenia con los demas las comunicaciones orales.

Jesus, Nuestra Señora
Albacea, Nicolas de Vergara
Alma, pobres, 200 ducados
Hermano, fraile 200 ducados, pobres
Hija, religiosa 600 ducados.
Estrella, hermanos 500 ducados, misa
Maria Fernandez 100 ducados
Padre, misa, 200 ducados
Criado, 40 ducados.—Juan Fernandez.

Veamos ahora la esplicacion que resultó de la averiguacion jurídica. El testador se pone bajo la advocacion de Jesus y de Maria, y nombra á su amigo para ejecutor de su última voluntad. La tercera línea quiere decir, que en su entierro, funerales y limosnas á los pobres, deben gastarse 200 ducados. La cuarta, que se dé á su hermano Juan Bautista, religioso franciscano, la renta de 200 ducados para que los distribuya á los pobres. La quinta, que se ponga en un convento con el dote de 600 ducados, á una hija natural que tenia en Segovia. La sexta, que se dieran 500 ducados al monasterio de la Estrella, á condicion de que fundaran una misa diaria por su alma. La séptima, que se dieran á una parienta suya llamada Ma-

ría Fernández, y casada con Agustín Pérez, natural de Logroño, 100 ducados. La octava, que se dió á la parroquia de Santa María la Redonda de Logroño, donde su padre había sido enterrado, 200 ducados para fundar una misa. En fin, por la novena línea deja á su criado, Aduna Mimoso, 40 ducados. La madre del Mudo hizo transportar el cadáver de su hijo, al convento de la Estrella, donde había recibido sus primeras lecciones de pintura.

Se puede asegurar que las obras del Mudo son desconocidas. Los diversos cuadros que se han mencionado arriba, habiendo sido los mas de ellos destinados para el Escorial, han permanecido hasta ahora sepultados en esta *soledad real*, que se ha hecho casi inaccesible. El Museo de Madrid, no ha podido obtener mas que el cuadro pequeño del *bautismo de Cristo*, que el Mudo á su llegada de Italia presentó á Felipe II. Es todo lo que hay de este gran pintor, á no ser que recientemente se hayan recogido los cuatro cuadros grandes que había en el monasterio de la Estrella, y que los religiosos afirmaban que eran de Fr. Vicente. Aunque es difícil juzgar de este grande artista por solo el cuadro que se ha dicho está en el Museo, sí puede asegurarse que el Mudo fué la admiración de su siglo. Todos los que han escrito sobre su vida y obras, lo llaman el Ticiano español, nombre que ciertamente merece por la corrección del dibujo, por el colorido, y por la espresion de sus figuras, si no porque hizo algunas obras que compiten en mérito con las de su maestro, el inmortal viejo de Cadora.

Se han conservado dos cuartetos compuestas en alabanza del Mudo, por el gran poeta Lope de Vega, que se copian en seguida.

No quiso el cielo que hablase,

Porque con mi entendimiento

Diese mayor sentimiento

A las cosas que pintase.

Y tanta vida les di

Con el pincel singular,

Que como no pude hablar

Hice que hablasen por mí.

Ha habido en España otros dos pintores mudos. El uno se llamaba Diego López, y el otro se conocía con el nombre de Pedro el Mudo. Este último tenía bastante mérito, y dejó algunas obras notables; pero sin embargo, no pueden confundirse con las del ilustre Mudo de Logroño.

(Traducido por M. Payno para el Museo.)

La anterior biografía es vertida de la obra de Mr. Viardot, que sirve de texto á la famosa galería de pintores de Aguado, y nos hemos propuesto traducir algunas otras, en atención á que este autor ha tenido á la vista muy curio-

sos datos sobre la vida de los artistas, y por consecuencia ha escrito con toda la exactitud posible.—RR.

EXPOSICION

Del reconocimiento practicado en el mineral que llaman el Chapi, cuyo criadero de azogue se encuentra ubicado en tierras de la hacienda de las Vigas, al Nordeste del mineral del Durazno, hoy nuevo Almaden Americano, y á distancia de unas seis leguas.

DEMANDABA por sin duda el mineral del Chapin un exámen prolijo y detenido, para poder fallar con algun acierto, sobre el écsito de una empresa, que trata de dedicarse á la explotación del mercurio, en ese punto; pero ni la premura del tiempo que he tenido disponible, para una investigación de esta naturaleza, ni el estado de envolver, en que el trascurso del tiempo ha dejado los antiguos laborios, que allí se ejecutaron, dan lugar á otra cosa, que á las prudentes inducciones, nacidas del aspecto y pintas del terreno, de la trasmision de las noticias de cuando aquello se laborió, de la inducción á que inclinan el ver los escombros de siete hornos dobles, que no cabe duda, estuvieron en mucho uso, y por último, la respetable opinion del Sr. D. Andres del Rio.

El manto aparece en la parte occidental de la montaña, que da el nombre al mineral, y los crestones ó rebosaderos que lo manifiestan son muy marcados y teñidos desde la superficie, por el ócsido rojo del mercurio, alternándose las capas en lo inferior y formando matrices de pedernal, cuarzo, arenisca cuarcifera, y aun de estañita, siendo las primeras las dominantes, y las solas que por su solidez sacan la cabeza á la superficie y ponen de manifiesto los crestones. El espesor de las capas, consideradas en su totalidad, no baja de 40 á 50 varas, aunque parcialmente varían las que se alternan. Su rumbo es casi de N. á S. con su inclinación á E. Se notan laboreadas las que están mas al bajo, y en mas estension las de arenisca cuarcifera y de estañita, que es en los que abundan mas los ócsidos rojo, amarillo, y pardo de hígalo; no obstante que tambien advertir estas trabajadas dos capas de cuarzo y pedernal, teñido hermosamente, en cintas y fajas por el ócsido rojo de mercurio.

De las diferentes bocas abiertas indistintamente en el ancho manto del Chapin, la de Guadalupe y la de Santa Gertrudis parece que fueron las mas considerables, no habiendo sino una vaga noticia de que sus planes quedaron en buenos frutos. Lo que puede notar en algunos cortos macizos de la primera, y en un costado tambien macizo, de la segunda, aunque á poca profundidad, porque ahora comienzan á

limpiarse, es, que desde luego hay frutos que parecen ser de razonable ley y no escasa saca. De ellos se va á hacer un ensaye, que podrá mirarse como decisivo si se atiende al horno en que se ha de ejecutar, pues que es modernamente construido en el Durazno, enteramente semejante á los de Idra, y probado ya con el mejor efecto; pero en el caso presente, no se ha tenido precaucion de penepar los metales, y se van á echar, como dicen, á toda brosa, y si el resultado es lisonjero, es menester tener presente lo que será si los frutos se pepenar.

El Chapin ofrece la oportunidad de un socavon de reconocimiento, sin que para ello sea preciso darle mucha longitud, y que con el cual, se ganará un centro bastante por muchos años de labor, y que mantendrá siempre en seco hasta aquel nivel, las capas metalíferas, gozándose igualmente allí de lena y madera de encino con abundancia y baratura.

No obstante, debe tenerse presente que no serán despreciables ni de poca monta los gastos que haya que inpendir en llevar al cabo las limpias, practicar el socavon, levantar tres ó cuatro hornos de suficiente capacidad, y poner en un todo corriente la negociacion, que sin embargo, habiendo hornos podrá desde un principio ausiliar mucho si se establece un método, ó sistema de trabajos por buscones, á semejanza de lo que ha comenzado á practicarse en el Durazno, y del que puede imponerse el Sr. Perezcano, sin detenerme á detallarlo por falta de tiempo, siendo esto tambien la causa de limitar á lo dicho mi exposicion.

Nuevo Almaden Americano, Marzo 14 de 1839.—Domingo Laso de la Vega.

ORÍGEN DE LOS AUTOS SACRAMENTALES.

CUANDO el emperador Sigismundo, despues de una larga ausencia que hizo del concilio constanciense, se restituyó á aquella ciudad á 27 de Enero de 1417, así por el ansia con que fú deseadado, como por el écsito de los planes que habían dado motivo á su ausencia, fué recibido de los padres del concilio, y de los embajadores, y de todas las clases y órdenes del estado, con extraordinarias muestras de regocijo y de gratitud. Señaláronse entre todos, los obispos ingleses, obsequiándole con un nuevo espectáculo, y por lo menos, no visto en Alemania hasta entonces. Y fué una comedia sagrada, que en España se llama *Auto Sacramental*, preparada para que se represente á presencia del emperador, el domingo 31 de Enero, sobre el nacimiento del Salvador, la adoracion de los magos y el martirio de los inocentes. Para que

estuviesen mas diestros los actores, dispusieron que algunos dias ántes ensayasen la representacion de este drama á presencia de los magistrados de la ciudad y de otras muchas personas distinguidas. Este hecho, anterior á la época en que vivía Juan Reuchlin, concocido tambien con el nombre de *Capnio* (*), prueba la equivocacion de los que á este celebre critico y juriscónculto atribuyen la invencion de esta especie de dramas. Alegan para ello la comedia que compuso en versos latinos, y se representó el año de 1497 en Heidelberg, en la casa del obispo de Wormes. En el prólogo de esta comedia parece atribuirse *Reuchlin* el haber introducido en Alemania las representaciones cómicas. Dice así:

*Optat poeta placere paucis versibus:
Sed esse adeptum gloriae arbitraturs est.
Si auctore se Germanie schola luserit
Greecanicis et Romuleis lusibus.*

Alábele tambien por ello *Sebastian Brandt* en la dedicacion del obispo Wormes que puso al frente de este drama; donde dice:

*Accipe, Vangionum præsul, venerande, Joannis
Capnionis nostri comica dulci loqui:
Quo duce Germaniae comedia prisca revivit,
Et meruit sociis Rhenus intire novis.*

El erudito *Vonder Harft*, en su Historia del concilio constanciense (tit. IV, pág. 1089, 1091) queriendo no defraudar de esta gloria á los alemanes ni á los ingleses, dice que los ingleses introdujeron en Alemania las representaciones dramáticas, y *Reuchlin* fué el primero que introdujo en ellas el lenguaje del Parnaso.

Ingeniosa es esta conciliacion. Mas nosotros, sin intentar que sean despojadas estas dos naciones de la gloria que por ello les cabe, podemos asegurar que ya en el siglo XIV, esto es, cien años antes del concilio constanciense, se había introducido en España esta especie de representaciones sagradas, así en los templos, como fuera de ellos, en sus átrios y en otros parages públicos. Las primeras escenas de esta clase fueron las de la pasion del Salvador, de lo cual quedan aún vestigios en las representaciones, parte mudas, parte habladas de la sentencia de Pilato, del descendimiento, del encuentro de la Virgen con su Santísimo Hijo en la calle de la Amargura, &c., que se conservan en algunos pueblos. En la capilla mayor de la catedral de Valencia se representaba el día de Pentecostés la venida del Espíritu Santo, y un año bajo tanto fuego, que redujo á cenizas el altar mayor.

(* *Reuchlin* en aleman, y *Capnio* en latin, es el humo.)

Esta tragedia puso fin á aquel drama, llamado *Palometa*.

A otras muchas de estas invenciones dió lugar la institución de la fiesta del *Córpus*, en la cual se representaban al vivo varios pasajes del viejo Testamento, alusivos á la Institución de la Eucaristía. Señaláronse en esto Toledo y Valencia. En esta ciudad se conservan aún las representaciones de la creación del mundo, de la caída de Adán, y otras que se hacen en la antigua lengua lemosina, antes de salir la procesion del *Córpus*, en unos carros triunfales antiquísimos que llaman *Rocas*. El gusto de esta especie de dramas llegó á muy alto grado en el siglo XVII. A él se debe la multitud de *Autos Sacramentales* que compusieron *Calderon de la Barca* y otros poetas de aquel tiempo. Representábanse primero estos dramas en el templo; desterráronse de él, viendo que en ello se esponía á muchas profanaciones el lugar sagrado; mas adelante se creyó que era ageno del decoro de la religion representar sus misterios en un teatro profano, y se prohibieron de todo punto. Las únicas reliquias que quedan en España de esta antiquísima costumbre, son los dramas de las *Rocas* de Valencia, y el de la Asuncion de nuestra Señora que se representa, en antiguo lemosin, la víspera y el día de esta festividad, en el suntuoso templo de Santa Maria, de la villa de Elche: espectáculo por una parte grandioso, y por otra ridículo, que se han empeñado en abolir algunos obispos zelosos; pero sin fruto. Acaso se lograría esto, si á los mandatos precediese la instruccion. El contráveneno de la supersticion y de la preocupacion, no es la vara del poder y de la autoridad, sino la instruccion sólida en la buena doctrina.

Registrando nuestros papeles, nos encontramos esta poesia original de nuestro desgraciado amigo el distinguido poeta D. Ignacio Rodriguez Galvan; y aunque se nos ha asegurado que fué publicada en el *Faro de la Habana*, tenemos la complacencia de reproducir en el Museo, una de las últimas vibraciones de la lira de Rodriguez.

EL POETA EN EL MUNDO.

A MI AMIGO DON FERNANDO CALDERON

Quando el Profeta, al escogido pueblo,
De Jehová los preceptos diriga.
Fuego devorador, sacra poesia
Incendia su ardiente corazon.—
Ese tiempo pasó:— sobre la tierra
Ya la voz no retumba del Profeta:

Mas resuena el ¡Alerta! del poeta,
Centinela en el ancho torreon.

Desde allí, con la vista penetrante
Recorre el campo y el altivo monte,
Y sigue por el cóncavo horizonte
De las aves el rápido volar.
Por otra parte ve movibles barcos.
El sol que ardiendo en el espacio ríe,
Y se inflama su espíritu, y sonríe
Ante las olas del hirviente mar.

Y ese mar, esos campos, ese monte
Son patrimonio de señores viles,
Que á los hijos de Adán, miles á miles
Por su ciego capricho hacen morir.
Y ellos en tanto, en mágicos salones,
Pisando alfombras de púrpura lana,
En los brazos de impura cortesana
Las horas pierden del fugaz vivir.

El poeta infeliz pasa abaido;
Los ve, y escribe su infamante historia,
Y en leyenda de fuego, á su memoria
Levanta monumento de baldon:
«¿Qué me importa el desprecio de los grandes,
Mi miseria y dolor?»—Esclama ardiente—
«Si vivís en palacio reluciente,
En el cielo yo tengo mi mansion.»

Así el sagrado Shakspeare un tiempo,
Abrasada su mente en viva llama,
Presentaba del mundo el panorama,
Sufriendo de los hombres el desden,
Y ora los reyes con humildes ojos,
Latiente el corazon, triste el semblante,
Ante la imagen fiel del comediante
Inclinan con temor la ungiada sien.

¡Oh mártires del genio, yo os alaboi
¡Volad! ¡volad hasta el radiante cielo!
Si seguimos no puedo en vuestro vuelo,
Mis ojos sin cesar os seguirán.
—Dichoso aquel que en su afanado pecho
Siente zumbiar la voz de las pasiones,
En su mente bramar los aguileones
Y hervir en su alma atronador volcan!

Enero 30 de 1842.

HISTORIA MODERNA. CARLOS V. DE ALEMANIA Y I. DE ESPAÑA.

VIGESIMO-SESTO DISCURSO HISTORICO

Pronunciado por el Sr. Licenciado D. José María Lacunza, Catedrático de Humanidades en el Colegio de San Juan de Letran.

En la historia antigua se puede seguir la historia de una sola nacion, y las demas considerarse como satélites solamente del astro cuyo fulgor nos deslumbra, y cuando se alzan dos de ellas á una altura igual, la victoria prontamente proclama á la una vencedora de tal modo, que su rival desaparece; la historia moderna, por el contrario, nos presenta un conjunto de naciones independientes, y todas grandes, de manera que es necesario tratar de ellas á la par, y relatar mas bien la narracion de los sucesos de una época, que los de un pueblo. Cuales hayan sido las causas de este equilibrio social, toca mas bien al político que al historiador investigarlas, y solo referiré los hechos, no ya de una nacion, sino de un periodo de tiempo, presentando así los materiales de la observacion, bastante fácil á veces.

Cuando Fernando é Isabel desaparecieron de la escena social, el trono de España con todos los elementos de poder que los reyes católicos habian acumulado en él, tocó á Carlos, nieto de ambos, y nieto tambien por su padre del emperador de Alemania Macsimiliano. Carlos estaba á la sazón en los Países-Bajos, y la regencia confiada al cardenal Jimenez: lejos de debilitar la autoridad real, la fortificó. Como vivía Juana, que era la reina, y su estado de imbecilidad mental no habia sido declarado por las córtés, hubo dificultades para dar á su hijo el título de rey: la influencia del cardenal se lo procuró en Castilla; mas en Aragon no lo obtuvo hasta despues de estar en España.

Los nobles eran turbulentos y tenian gran poder: pensaron aprovechar la minoridad del monarca y la debilidad de la regencia; pero Jimenez se formó un cuerpo de tropas de los individuos pertenecientes á las ciudades libres: despojó á muchos nobles de las posesiones que en las turbulencias del reinado anterior se les habian concedido, mas por precision que por sus méritos, y con el producto de ellas se encontró en disposicion de sostener y municionar fuerzas considerables. Los nobles que conocieron, aunque tarde, el mal que les amenazaba disputaron los principales de su seno para

que tuviesen una entrevista con el cardenal, y le requiriesen á que manifestara los títulos con que gobernaba. Él les manifestó el testamento de Fernando, que le nombraba regente, y la ratificacion del mismo Carlos; y habiéndose acalorado la disputa, les condujo á un balcón desde donde se veía un cuerpo de tropas y un tren de artillería, y mostrándoselos, les dijo: «Eso son mis poderes: con ellos gobierno á Castilla, y la gobernaré mientras el rey mi señor y vuestro, viene á tomar posesion de su trono.» Gobernó, en efecto, con firmeza y sabiduría; y aunque Carlos mandó á Adriano, que habia sido su maestro, para que se asociase á Jimenez en la regencia, aquel conoció muy pronto que tal carga era superior á sus fuerzas, y que el prelado español no estaba dispuesto á dividir el poder; por lo que se contentó con el título honorífico, dejando á Jimenez la administracion de los negocios.

Las repetidas escitaciones de éste hicieron que el joven rey viese por fin á España; y aunque Jimenez salió á su encuentro, sus enfermedades no le permitieron llegar hasta el monarca. Los cortesanos de éste, así flamencos como españoles, hicieron cuanto pudieron para evitar su entrevista con el cardenal, y Carlos le escribió una carta de fria politica, en que despues de algunas expresiones comunes de agradecimiento, le daba licencia para volver á su diócesis á acabar sus dias en el descanso. Abrumado por la edad y las enfermedades, y acroso por la ingratitude de su soberano, el prelado murió á pocas horas de haber recibido esta carta, dejando á Castilla un nombre mas glorioso que muchos reyes, y á la religion un modelo de virtud, que le adquirieron la reputacion de santo, y de grande hombre de estado. Las córtés de Aragon no reconocieron á Carlos soberano, sino con mucha dificultad, y en union de Juana, la que debía sola tomar el cetro si recobraba la razon. La preferencia que Carlos daba á sus cortesanos extranjeros y la avaricia de éstos, le atrajeron el desafecto de los españoles y la liga de algunas ciudades, que fue el preludio de turbaciones mas graves.